

SAN JOSE, COSTA RICA

5 Enero de 1913

Año III



Núm. 49

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7^o Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

Santo del día.....	<i>Veridicus</i>
La sinrazón de un juicio	<i>R. Mella</i>
La Convicción.....	<i>J. E. Rodó</i>
La Patria.....	<i>Jenaro Alas</i>
Nuestras leyes	<i>F. Pi y Margall</i>
Telepatía.....	<i>Dr. Valdivieso y Prieto</i>
Diálogo de actualidad	<i>J. Menéndez</i>
Su Majestad	<i>Catulle Mendes</i>
Notas y recibos.....	<i>La Dirección</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

Acusando recibo

Alba Libertaria, periódico quincenal, Zelarrayán, 329, Bahía Blanca (Argentina). Oigamos su saludo:

«A la prensa libre que lucha y labora por el advenimiento de una era de paz y amor para el género humano; a los que yacen en las cárceles de todo el orbe, víctimas de todas las tiranías.

«A los periodistas altivos y sinceros que sufren en los presidios de esta clerical República el peso de la monstruosa ley Social.

«A todos ellos ¡Salud!»

A Revolta, órgano defensor de los derechos del trabajador. Correspondencia: Rua General Camara, N. 352 (sobrado), Santos (Brasil). Ostenta el siguiente pensamiento:

«Uma sociedade que admite a miseria, uma humanidade que admite a guerra, parecem-me uma sociedade e uma humanidade inferiores; eu sonho uma sociedade e uma humanidade superiores: sociedade sem governo e humanidade sem fronteiras.

VICTOR HUGO».

Grano de Arena, ciencia, arte, sociología, literatura y pedagogía. Redactores: Manuel Masferrer C. y Abraham Ramírez Peña, San Salvador.—Presentación:

Hemos resuelto fundar una publicación genuinamente nueva, cuya misión será la de difundir, en cuanto sea posible, ideas que propendan al mejoramiento social en todos los órdenes de la vida real.

Queremos poner nuestro GRANO DE ARENA en esa grandiosa empresa y lo haremos con toda la buena fe de que disponemos, y sin pretensiones de ninguna especie.

Nuestro único ideal es ser útiles en alguna forma.

Nuestra labor será, pues, pequeña, tal vez imperceptible; pero será constante y perdurable.

Luz y Verdad, revista semanal científica, literaria, social. Dirección: Mateo Starkine, casilla 663, Antofagasta (Chile). Veamos una de las notas del número 11:

LUZ

En el presupuesto nacional para 1913 se introdujo una gran economía de 50 mil pesos en el departamento de instrucción pública, cantidad que se le cedió al culto; el señor ministro de Hacienda con mucha altura de miras ha creído más eficaz y más progresivo la religión que las escuelas.

¡Lo que son las equivocaciones! Nosotros hasta hace poco creíamos que los pueblos adelantados preferían elevar templos a Minerva antes que a ese Dios ideal que habita según dicen en el inmenso palacio del espacio.

Por otro lado al señor ministro y congresales debe felicitarles por los nuevos rumbos que le dan a la nación.

Fomentando la religión se fomentará la moral y el cambio internacional llegará a 1 d., como en Colombia, que aun se reza el rosario de la aurora por las calles.

Lecturas, revista mensual dirigida y redactada por la Sociedad Pedagógica de Santander, Bucaramanga (Colombia). En la primera página de la entrega octava, encontramos un hermoso pensamiento de Eduardo Posada, al frente de un serio trabajo acerca de «Alejandro de Humboldt en sus relaciones con Colombia y Venezuela»:

«La tarea de investigación no es, como pudiera creerse, un trabajo que destruye las maravillas de la historia. No. Por cada leyenda que deshace aparecen en cambio con su verdadera claridad, en todo su valor, hazañas sin segundo que yacían olvidadas o desconocidas. Desaparece un error con los golpes de zapa de los modernos estudios históricos, pero al lado se descubren episodios de mayor belleza».

AVISO.—Los que deseen suscribirse a **RENOVACIÓN** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdríel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortes, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro am.** En Europa: **10 pesetas** **añ** año moneda española. PAGO ANTICIPADO.

San José, Costa Rica

5 de Enero de 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 49

Santo del día

El Cristianismo supeditado al Paganismo

Enero viene de *ianuarius*, dice la Academia. Siendo así, como la *i* es etimológica y quiere la Academia que etimológica sea la ortografía castellana, claro está que la misma razón con que nos obliga a llamar hoy a nuestros antiguos suscriptores *suscriptores*, debiera valer para hacernos escribir Enero en vez de Enero, caso de no volver a la antigua ortografía de este nombre y poner *Henero*, siendo aquí nuestra aspirada una aspiración suave de *i* consonante latina; de modo que ha sido preciso llegar a la edad académica para escribir con mala ortografía el nombre del primer mes del año.

Que la *i* es etimológica es de toda evidencia, pues *ianuarius* viene de *ianua* «puesta» en latín, de donde el que al dios que entre los romanos paganos dió nombre al mes de Enero, *Ianuarius*, *Janus*, Jano, se le representara con dos caras contrapuestas, designando una de ellas el año que se va y la otra el año que viene, y el que se pusiera su imagen pegada detrás de las dos puertas callejeras que toda casa romana tenía, una en la parte de delante y otra en la de detrás, para que la preservara y defendiera de espíritus malignos y de sortilegios, de donde las dos caras de Jano, y, como se ve, razón de la costumbre de hacer lo mismo nosotros en pueblos y ciudades, pero empleando otros Janos.

Numa, rey romano, allá por los años 714 antes de Jesucristo, fué quien dividió el año solar en doce meses y

consagró el primero de ellos al gran dios Jano o *Ianuarius*, de donde el catalán *Janer*, el inglés *January*, el alemán *Januer* o *Januar*, el italiano *Gennaio*, el francés *Janvier* y el castellano *Henero*, de modo que el dios Jano lleva la friolera de 2610 años de presidir el año de los pueblos civilizados, a pesar de no ser desde hace mil y quinientos años ni dios ni roque.

Claro está que al caer vencido el paganismo trató nuestra Santa Iglesia de destronar a Jano introduciendo un nuevo calendario, pero logrando tan sólo que mientras unos pueblos contarán por años de la Natividad del Señor, otros contarán por años de su Encarnación, para acabar por contar todos por años de *Januarius*, porque en la Roma de los Pontífices católicos como en la de los Pontífices paganos no se dejó un solo momento de contar por el gran dios protector del hogar, de modo que Jano sólo tuvo que ceder para acomodarse con la nueva religión el papel de defender a ésta pegado detrás de las puertas callejeras.

Bien que *Januarius* presidiera como preside, el primer mes del año, no era este dios sino la diosa *Strenae* o *Strenua*, o sea la diosa de «la fuerza» la que presidía o era festejada en su primer día, y por esto es aun hoy el primero de año el día de las *estrenas*, *étrennes*, es decir, el día en que las familias se desean mutuamente «fuerza», idea que bien que mal representa

el capón de Mans, pero que representa rematadamente mal el retazo de cartulina que nosotros enviamos como *strenae* a los amigos y a los conocidos.

Sucédele, pues, a la diosa *Strenae* lo que al dios *Januarius*, que también cuenta 2610 años de presidir el primer mes del año, si bien la diosa ha tenido que ceder algo más que Jano, pues ya no es la festividad del día aun cuando el día continúa siendo festivo a su manera.

Una de las festividades del día, la mayor, es la conmemoración de la Circuncisión del Señor.

Era la circuncisión de rigor entre los sacerdotes egipcios, y como le pareciera a Dios buena esta práctica, impúsole a Abraham al hacer con él alianza y como signo de la misma, previniéndole que en lo sucesivo se circuncidara a los ocho días de nacer a todos los varones de su descendencia, o sea a todos los judíos.

Como los padres de Jesús eran de los descendientes de Abraham, cumpliendo con el precepto sagrado de su religión, llevaron a su hijo al Templo a los ocho días de haber nacido y allí fué circuncidado carnalmente. Poniendo, pues, la Natividad del Señor en el día 25 de Diciembre, o sea en el día de la gran fiesta romana del *Natalis Invicti*, o sea la del Nuevo Sol o solsticio de invierno, pues el *Invictus* no es otro que el Sol, entonces considerado como el mayor de los dioses, como el dios único, según es de ver en Macrobius, la fiesta de la Circuncisión venía a caer en el día primero del año, resultando así conservadas las antiguas fiestas y sólo mudada su significación, pues sólo pasaron de fiestas del *Natalis Invicti* a fiestas del *Natalis Domini*.

Mas, ¿por qué habiéndose el Señor sometido a práctica tan humillante y dolorosa, la ha repudiado y condenado su Iglesia, resultando de esto que los fieles al pacto de Dios con Abraham sean los circuncidados, judíos y moros?

Fué San Pablo quien, comprendiendo desde luego que de quererse impo-

ner la circuncisión a los paganos el mundo no se había de cristianizar jamás, se opuso a que se declarase tal práctica dogma de la Iglesia, cuando ya San Pedro, la *pedra* sobre la cual se había aquella fundado, habíase declarado formalmente por la circuncisión.

No es de este momento reseñar la campaña de San Pablo y de sus discípulos Titus y Bernabé contra Santiago el hermano del Señor, San Pedro y demás fieles de la circuncisión, porque bien la conocerán nuestros lectores; mas por si no fuera así, lean las *Actas de los Apóstoles* y las *Epístolas* de San Pablo a los *Galatas*, *Corintios* (la II) y *Romanos*, en donde verán cómo gracias al sentido práctico y espíritu transigente de San Pedro, convinieron éste y San Pablo en repartirse—son sus palabras—«el Evangelio de la circuncisión y el del prepucio», quedándose con el primero San Pedro y con el segundo San Pablo, y con el acuerdo triunfante la primitiva Iglesia, la Apostólica, que tan grande peligro acababa de correr por la intransigencia irreductible del hermano del Señor. No siendo, pues, la circuncisión indispensable para ser cristiano, claro está que poco a poco dejó de practicarse, pues ya hemos dicho que para los más tal práctica no era menos dolorosa que humillante, acabando todo, como es de rigor, dándose al muerto gran lanzada, y así es de ver en San Agustín, quien hablando de los cristianos llamados «nazarenos» dijo «que eran aquellos quienes siguiendo a los judíos, se hacían circuncidar carnalmente, *heréticos*, nacidos del error profesado por San Pedro antes de que San Pablo le llamara al orden».

Según San Agustín, pues, la primera herejía cristiana tiene por fundador a su primer Papa.

La segunda festividad del día, como podrán enterarse por sí mismos los que vayan a Misa y entiendan sus latines, es la de la *Synaxis* de la Madre de Dios.

Causa de ésta fiesta fué el patriarca

de Constantinopla Nestorio. Imbuído el patriarca por las ideas de Arnobius, el maestro del gran Lactancius, y no sabiendo distinguir en materia de tiempos, creyó que lo mismo que Arnobius decía contra los paganos a propósito de Júpiter, de cuya divinidad se burlaba diciéndoles: «Cómo Júpiter puede ser Dios, si ha tenido padre y madre, y ha sido formado en el seno maternal, en donde ha permanecido el tiempo ordinario, recibiendo con la vida la luz que hasta entonces no había conocido?» podrían repetir los paganos contra Jesús, y así se dió a discutir y predicar sobre las dos naturalezas del Señor, la divina y la humana, sin cuidarse de lo que ya había declarado la Iglesia.

Nestorio, pues, venía, más que a discutir, a negar el misterio de la Encarnación y otros misterios no menos fundamentales del Cristianismo, y claro está que en el pecado llevó la penitencia, pues fué depuesto y condenado como hereje por el Concilio de Efeso del año 431, decretándose en esta ocasión, en desagravio y como confesión, la fiesta de la Maternidad divina de la Santa Virgen, que la Iglesia Griega celebra el 26 de diciembre y la Romana el primero de enero.

Como acabamos de ver, resulta algo complicado el día primero de enero del año cristiano.

La supervivencia de los dioses paganos de *Januarius* y de *Strenae*, tiene algo de extraordinario, y este algo se complica cuando se considera que igualmente sobreviven los dioses paganos que presidían los días de la semana, de suerte que el miércoles, primero de enero del año del Señor 1913, nos resulta consagrado:

Como día miércoles, al Dios Mercurio;

Como día 1º de Enero, a la Diosa Strenae;

Como día de Enero, al Dios Januarius;

Como I santo del día, a la Circuncisión del hijo de Dios;

Como II santo del día, a la Maternidad divina de la Madre de Dios.

Si Macrobius resucitara y ofreciera su mesa a sus amigos como en los tiempos paganos suyos se hacía y se hace aun hoy en los cristianos Estados Unidos de América, y ya en ella se abriera discusión sobre el *Dios Jano, sus diversos nombres y potestad*, Macrobius, para quien Jano era *qui cuncta fingit, eademque regit*, esto es, «el que crea y gobierna todas las cosas», viéndole presidir el primer mes del año cristiano, ¿no había de poner a discusión la definición que el sabio dió del hombre diciendo que es «un animal religioso?»

VERIDICUS

1º de enero de 1913.

La sinrazón de un juicio

Porque expresa una opinión mal fundada de muchas gentes, quiero hacerme cargo en público de unas palabras dichas en privado por un compañero a quien estimo.

Alentándonos en la empresa de propaganda periodística que hemos acometido con *El Libertario*, nos dice ese buen amigo poco más o menos: «sobre todo a la masa estulta hay que *envros-trarla* duro y sin disimulos».

La cosa dicha así, en seco, parece una enormidad. Pero si se tiene en

cuenta que quien de este modo habla y quien de esta manera contesta de la masa somos, será necesario dar a tales palabras otro valor del que aparentan.

En efecto, la multitud esclavizada y embrutecida por la educación y por el hábito y sometida por la necesidad de vivir, no se conmueve ni se agita si no es a impulsos de rudos embates de la razón que le muestran toda la cobardía y toda la vileza de su conducta. Es permitido, metafóricamente, el látigo que restalla de rabia, la sacudi-

da violenta que enciende los colores del rubor, hasta la injuria que provoca la ira. En este sentido los más activos revulsivos están justificados. La multitud reobra por sí misma y abre su entendimiento a la luz de ideas y de sentimientos ausentes o dormidos antes. *Enrostrar* duramente las cosas mismas, salvando al hombre, es, no obstante, el único camino del juicio y de la reflexión.

Cuando rebasamos el respeto al hombre, ya no laboramos por su elevación; lo deprimimos, insultándolo y vejándolo. Y he ahí precisamente lo que suele hacerse traduciendo malamente la necesidad de sacudir duro y sin disimulos a la masa estulta.

Es un juicio irracional muy corriente. Parece como si con injurias, con fuertes agravios, con violientos apóstrofes se llevara a la razón vecina el menor destello de luz. En esta labor revulsiva, las reflexiones, los razonamientos huelgan. Las palabras gruesas lo son todo. ¡Funesta equivocación que pone abismos entre nosotros!

Porque, en fin de cuentas, el ignorante, el sometido no es el culpable, puesto que por voluntad propia ni permanece ignorante ni está sometido. Es la dura existencia, es el bagaje hereditario, es la falta de educación y de enseñanza desde los primeros pasos en la vida lo que le tiene reducido. Es el poder capitalista y el poder autoritario, gravitando pesadamente sobre él, lo que le tiene en la cobardía. Incitarle al análisis, empujarle a la rebeldía, no es lo mismo que insultarle, insultándonos.

¿Quién de los que más griten estará sin mácula? Nos juzgamos rebeldes y en cada minuto de la existencia nos negamos tres veces. No se vive sin someterse. Es demasiado poco un hombre solo ante la enorme pesadumbre del mundo en que vivimos. Y para recorrer el áspero sendero de la re-

dención humana, es preciso sentirse apoyados hasta en nuestra propia debilidad.

No podemos hacernos la ilusión de emancipados. No podemos pensarnos realmente rebeldes, rebeldes de hecho, en medio de todas las sumisiones a cuyo sólo precio se puede vivir hoy. ¿Tenemos la percepción de la rebeldía, de la libertad, de un gran ideal de justicia? Pues llevémosla por la razón y hasta por la pasión a nuestros hermanos. Que la rabia de la impotencia no nos arrastre al menosprecio y a la injuria. Y si de tanto en tanto se hace necesario el aldabonazo que despierta a los dormidos, el recio apóstrofe que obliga a erguirse a los sumisos, pongamos inmediatamente la razón de nuestros llamamientos, de nuestras duras palabras. Mover un brazo en actitud amenazadora es mucho más fácil que dar la razón de la amenaza.

Maltratar a los que no están a nuestro lado equivale a maltratarnos a nosotros mismos. Pensemos siempre que éramos como ellos mismos la víspera del día en que hablamos, del día en que fuimos convencidos por lecturas, por conversaciones o por meditaciones propias.

¡Enrostrar la multitud estulta! Hay muchas cosas dignas de ser enrostradas. Nosotros mismos no podríamos alzar el grito muy alto sin que tal vez la multitud pudiera devolvernos golpe por golpe.

¿Hay muchas cosas dignas de ser enrostradas fuera y dentro de nosotros? Pues duro con ellas. Pero que la razón vaya detrás presurosa, solícita, con amor intenso, inundando de luz las cavernas tenebrosas donde han echado profundas raíces todas las servidumbres históricas.

La sin razón de los que maltratan sólo tiene una disculpa: que ellos mismos no tienen mejores argumentos.

R. MELLA

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

La convicción

No hay convicción tal que, una vez adquirida, debas dejar de trabajar sobre ella. Porque, aunque su fundamento de verdad sea para tí el más firme y seguro, nada se opone a que renuevas, aires y retemples tu convicción, y la encares con nuevos aspectos de la realidad, y muestres su fortaleza en nuevas batallas, y la lleves contigo a explorar tierras del pensamiento, mares de la incredulidad y de la duda, que ella puede someter a su imperio engrandeciéndose; ni a que, corroborándola dentro de ella misma, te afanes por hacer más fuerte y armónica la conexión de las partes que la componen.

Pues, si ella es la verdad ¿no es deber tuyo entrar cada vez más adentro de la verdad, y adherirte a ella, en cuanto sea posible, por más motivos de convencimiento y amor? Trabaja, pues, sobre la convicción adquirida; relaciónala con nuevas ideas, con nuevas experiencias, con nuevas instancias de la contradicción, con nuevos espectáculos del teatro del mundo. Si ella resiste y prevalece ¿cuánto más probada no quedará su energía? ¿cuántos más elementos no habrá conquistado y sojuzgado, ordenando a su alrededor, por su propia virtud y eficacia, todas las cosas con que la pusiste en contacto? La convicción más firme será la que más multitud de ideas mantenga en torno suyo y alcance a unir en más ceñida y concorde relación. Todo lo que vive y progresa se mueve doblemente en el sentido de una mayor complejidad y un mayor orden. Si sólo te preocupa perfeccionar la unidad y el buen arreglo de tu convicción, sin agregarle elementos de afuera que la extiendan y reanimen, caerás en el automatismo de una fe bien disciplinada pero estrecha. Si sólo atiendes a aumentar la provisión de

ideas de tu espíritu y no cuidas de repartirlas y ordenarlas, caerás en el desorden del pensamiento contradictorio y tumultuoso. Pero cada idea que ganes para tu mente, si aciertas a ponerla en adecuada relación con la idea superior y maestra que ocupa el centro de tus meditaciones, será un lazo más que asegure la estabilidad de esta última, como nueva raíz que se desprende de ella y se entraña en el seno de las cosas.

Aun cuando supieras que nunca habías de abandonar la posición actual de tu espíritu, sino que reposarías de por vida en lo que ahora juzgas la verdad, no por eso deberías soltar de la mano los instrumentos de la investigación y del juicio, como el obrero que da por terminada su tarea: la tarea tuya consistiría, desde entonces, en extender las relaciones de tu verdad; en adaptarla a lo nuevo que trae consigo cada hora; en amaestrarla, como ave de altanería, para la caza del error; en propender a que ella envolviese en sus anillos una completa y bien trabada concepción del mundo.

Pero nadie puede afirmar: «Esta es mi fe definitiva; y cuando llevamos adelante ese empeño de airear y ejercitar la convicción de nuestra mente, y se levanta ante nosotros una idea que no sólo se niega a subordinarse en forma alguna a aquella convicción, sino que, planteado el conflicto, la resiste, y la hiere en lo íntimo de modo que no podemos escudarla ¿qué queda por hacer sino declarar la vieja potestad vencida, y pasar a la idea nueva el cetro de nuestro pensamiento, si hemos de proceder en estas lides según la viril y cabaleresca ordenanza de la razón?...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

RENOVACION saldrá en adelante los días 5 y 20 de cada mes.

La patria

El concepto de patria es muy complejo; y en los individuos que pueden formularlo propio, o elegir entre los formulados por otros, influyen, además de la idiosincracia, la época en que han nacido, el país a que pertenecen, y la posición social que ocupan. Sánchez Toca, capaz de tener concepto propio, distingue en la patria el cuerpo y el alma, la patria material, geográfica y la patria mística; y yo acepto esta distinción lógica, siempre que se me acepte que toda alma está indisolublemente ligada al cuerpo desde el nacimiento hasta la muerte por lo menos. Y entonces, como la patria material, geográfica, no es la misma para un hijo de Valladolid hoy que hace cinco siglos, tampoco puede serlo la mística, en la cual hay al presente elementos aragoneses, catalanes, valencianos, etc., que no existen en la patria mística castellana antes del siglo xv; esto en cuanto a la época. Tampoco en este mismo momento pueden formar el mismo concepto de la patria dos individuos intelectualmente idénticos pero nacido uno en Madrid y otro en Strasburgo, por ejemplo. El madrileño tiene una patria material que es casi la misma desde más de cuatrocientos años; y por eso en la patria mística hay la misma persistencia esencial, que no es destruida por el incremento histórico debido a altos y bajos hechos realizados en común, tales como el descubrimiento del nuevo mundo, la guerra de la independencia, la expulsión de los judíos y la inquisición. En cambio durante ese mismo plazo el alsaciano, es decir su prosapia, tuvo más de dos siglos una patria que era pedazo de Alemania, que pasó durante 180 años a ser porción del reino de Francia, y que lleva cuarenta y dos años reunida otra vez a Alemania, pero sin que pueda decirse que ésta es su patria, pues no disfruta en ella del pleno goce de la ciudadanía. A compás de esta variación de la patria material ha habido

otra de la patria mística, ora alemanizada, ora afrancesada y al presente indecisa en todos los espíritus, y diferente según que cada uno haya tomado más del acento místico teutónico que del francés, o viceversa. Y así mientras al español, y al castellano sobre todo, la patria se le representa en cuerpo y alma como algo perfectamente definido, aunque siempre difícil de definir, ella es para el alsaciano cosa vaga y nebulosa; vaya en sus límites materiales, nebulosa en su expresión mística. Esto en cuanto al espacio.

Y vamos ahora a la posición social. El mayorazgo castellano, que sucesor de larga estirpe de terratenientes, vive donde vivieron, y casi como vivieron, sus abuelos, no puede tener de la patria el mismo concepto que aquel su vecino, bracero al que la miseria lleva a lejanas tierras a buscar medios de subsistencia; y si los encuentra y se fija en la tierra para él de promisión, la mezcla de la patria mística que fué y de la patria mística que es, debe ofrecer a su mente muchos puntos indescifrables no sólo para él, sino para el más perspicaz sociólogo. En general para el proletario se ha hecho aquel refrán de «donde paces, no donde naces», el cual después de todo es aplicable al propietario de algo, pues ese *paces* donde *nace*, y por eso, más que por otra cosa, no necesita cambiar ni de patria material, ni de patria mística. También en lo más alto de la escala social se dan estos casos de cambio de patria. ¿Cuál es, por ejemplo, la patria de un Hohenzollern rey de Rumanía, de un Orleans czar de Bulgaria o de un Solerwig-Holstein rey de Grecia?

* * *

Todo lo anterior tiene por objeto demostrar de un modo irrefutable por los hechos, que el concepto de patria formulado por la más alta inteligencia y el más sano corazón no puede aspi-

rar a la categoría de dogma universal; que sin padecer enfermedad social ninguna, cada individuo puede tener de la patria un concepto muy diferente (lo mismo de la patria material que de la mística) del que tenga su vecino, o el número de vecinos que se quiera; aunque esta libertad intelectual no exima a nadie de acordar su conducta a las exigencias del Estado bajo el que vive, y a las de la moral imperante en el medio ambiente nacional.

Es, pues, una intransigencia poco científica en el burgués castellano anatematizar al proletario, que quiere que su patria sea el mundo entero, a cualquiera de cuyos rincones tendrá qui-

zás que ir a dejar sus huesos; y anatematizar también y al propio tiempo, al burgués catalán, que no entiende de patria española, pues no acepta otra que aquella donde se hable una lengua que sea la suya, sin ningún otro elemento de patria mística, que aquellos que él es capaz de sentir, comprender y recordar. Para el burgués de mi ejemplo el proletario quiere una patria demasiado grande y el hereu catalán una patria demasiado chica. ¿Cómo podría él demostrar que su *justo medio* es la quinta esencia de la verdad?

JENARO ALAS

Nuestras leyes

Comprendemos aquí bajo el nombre de leyes todas las prescripciones de los poderes públicos. Son innumerables. No hay letrado, juez, ni oidor que las sepa todas, ni en detalle ni en conjunto. Descansa, sin embargo, nuestra sociedad en tan frágil base, y castiga a todo el que las quebranta. No le sirve de excusa que no las conozca. No tiene el ciudadano más medio de conocerlas que el de la lectura, y no saben leer el 60% de los españoles.

¿Qué son nuestras leyes? Genéricamente hablando, unos mandatos que empiezan por sentar más o menos sólidos principios, y acaban casi por destruirlos a fuerza de limitaciones y excepciones. No son siempre claras, antes turbias, que necesitan quien las explique y las comente, contradiciéndose no pocas veces los comentarios. Rara vez son por sí solas inteligibles; se refieren con frecuencia a otras disposiciones, no siempre fáciles de encontrar.

Hecha la ley, todo viene a oscurecerla: no solamente el comentario del docto, sino también el decreto, la Real orden o la circular del Gobierno y los fallos de los tribunales. Forman jurisprudencia los del Tribunal Supremo, y van a la larga corrigiéndola y en-

mendándola, de modo que casi casi la destruyen. Ignoramos si sabrán nuestros lectores lo que es un palimpsesto. Es un papel manuscrito, sobre el cual se ha puesto bien entre líneas, bien al través, otra u otras lecturas. La jurisprudencia de los tribunales viene a ser un palimpsesto, ya que a la ley escrita sobrepone fallos que ya la corrigen, ya la alteran. El Supremo Tribunal de Justicia hace un palimpsesto de las leyes civiles y penales, y el Tribunal de lo Contencioso un palimpsesto de las prescripciones administrativas.

No solo modifica y altera las leyes penales el Tribunal Supremo, las interpreta a su antojo la fiscalía del mismo Tribunal e impone como ley sus juicios. Hay un ejemplo reciente. En las últimas alteraciones de Barcelona (1900), un general consideró delito la resistencia al pago de los tributos. No había en el Código artículo que tal dijese ni consintiese. Combatiósele en las Cortes y se demostró de una manera clara y evidente que el hecho no constituía delito. Habló la fiscalía del Tribunal Supremo, consideró comprendido el hecho en uno de los artículos del Código y quedó considerada como delito la resistencia al pago de contribuciones.

Tal es la triste condición de nues-

tras leyes¹. Importa poco que estén contenidas en Códigos: hasta los Códigos se alteran por las leyes adicionales, suplementos y apéndices. No se corrige en cambio lo que corrección merece. Publicóse el año 1889 el vigente Código civil, y en él se dispuso que a los diez años se lo corrigiese, vistos en la práctica sus errores y sus deficiencias. Los diez años han transcurrido, el Código está lleno de faltas y de disposiciones injustas y nadie se acuerda de corregirlo.

No hablemos de las disposiciones administrativas; éstas constituyen un verdadero caos. Apenas sube al poder hombre alguno que no las deshaga y reforme según su especial manera de ver en la Administración y la Hacienda. No hay aquí para ellas Código ni es posible que lo haya. Ese es un palimpsesto donde de continuo se escribe sobre un decreto otro decreto, sobre

este decreto una Real orden y sobre una Real orden una mera circular que no pocas veces altera decretos y aún leyes.

¿Cuándo llegará el día en que toda esta confusión desaparezca? En doce tablas expuestas al público tenían contenidos los antiguos romanos su derecho. ¡Cuán bello sería que pudiésemos hacer otro tanto! Dióle aquél mismo en irle alargando con las interpretaciones del poder público, las de los juriconsultos y las de los tribunales, y a la irrupción de los germanos sus leyes eran tantas que se las calificó de carga de camellos. Carga de elefantes son las nuestras.

¿Tendrá remedio el mal? Lo dudamos. Estamos ya tan acostumbrados a lo complejo, que lo simple nos repugna.

F. PÍ Y MARGALL

De *Articles*, (págs. 257-9).

Telepatía¹

La sugestión, a lo sumo, puede ser considerada como un agente más en la extensa serie de los hipnógenicos psíquicos, pero muy limitadamente, y y siempre muy discutible, aun en los casos que parezcan más indubitables, por cuanto la sugestión se verifica mediante la mirada y el tacto, principalmente, o sea mediante la luz refleja de los ojos del hipnotizador y su calor orgánico, agente de la serie de los físicos, de comprobada acción hipnógena.

Entre los animales existen verdaderos fenómenos hipnóticos: las culebras fascinan a los sapos, a las ranas y a los pájaros; los grandes reptiles a la caza y piezas mayores, y las aves de rapiña, las grandes fieras, los perros y los gatos a sus presas. El hombre, de igual manera, verifica su influencia hipnótica sobre los animales. Los do-

madores de fieras lo evidencian de manera indiscutible. Barey, el célebre domador de caballos, se encaraba con el potro más indómito, fijaba su mirada en sus ojos, le hacía pases sobre el cuello, y a la vez le dirigía algunos pases que repetía monótonamente, durante un largo tiempo, algunas veces horas, y conseguía someterlo y montarlo, ejecutando habilidades como si fuera un caballo amaestrado. Así lo refiere M. Netter, y lo testimonia C. Richet en su obra *El hombre y la inteligencia*.

El padre Kircher, en 1646, publicó un procedimiento para producir la catalepsia en los pollos; M. Azam afirma que de modo parecido fascinan los gallos en el Mediodía de Francia; Czermak ha obtenido iguales resultados en otros animales pequeños, pero especialmente en los cangrejos; y se-

¹ Y la de todos los países. Críticas análogas podríamos aportar aquí de las leyes francesas, inglesas —basta leer a Spencer,— etc. N. R.

¹ Reproducimos este trozo para llamar la atención hacia el notable trabajo del doctor Valdivieso publicado en varios números de *El Nuevo Régimen*.

gún Preyer, los cangrejos, las ranas y los conejos de Indias pueden ser hipnotizados de diferentes maneras; las excitaciones periféricas, prolongadas, uniformes y débiles, producen estupor, y las bruscas y violentas, parálisis. Rarey ha practicado iguales experiencias, observando que los animales no han vuelto a un estado consciente, y no han opuesto de nuevo resistencia contra los movimientos a que se les obligaba, lo que se explica el experimentador porque estas bestias nunca tuvieron un estado de conciencia. El sueño hipnótico se exterioriza por modificaciones psíquicas, volitivas e intelectuales, dependientes de facultades que sólo existen en pleno desarrollo en el hombre, siendo muy rudimentarias, si acaso existen, en el resto de la escala zoológica; y de aquí que sólo se observe en los animales la fascinación y fenómenos catalépticos y paralíticos.

En consecuencia de cuanto queda dicho, la sugestión, la persuasión y demás agentes suasorios, desde luego, pueden ser relegados a los últimos de la serie de los psíquicos, sin que por esto, aun en esa gradación tan última, se dé por probada su acción hipnagógica, ni aun su influencia directa y exclusiva en los fenómenos sonambúlicos, naturales o provocados, en normales y en enfermos del sistema nervioso. Es decir, que todas las observaciones y experiencias aquí apuntadas sintéticamente, son opuestas a la opinión de que el hipnotismo se determine por influencias espiritua-

les o facultades anímicas; por lo contrario, evidencian energías tan materiales como las que producen las hondas hertzianas, indudablemente relacionadas con el problema telepático.

La telegrafía sin alambres es ya un hecho, y su estudio como problema ya resuelto se hace en exposición metódica, ciertamente escolástica, empujando por el de la energía electromagnética, siguiendo por el de la antena transmisora, para terminar con el de la receptora, complementos y accesorios; pero en la telepatía, que es un problema a resolver, partiendo de datos indiciarios, algunos al parecer quiméricos, no puede adaptarse orden más lógico que el de lo cierto a lo dudoso, de lo que en parte nos es conocido, a lo que todavía no se conoce, criterio que impone en primero y principal lugar el estudio de la *hiper-hestesia* o *supersensibilidad*, que se destaca sobre todos los fenómenos hipnóticos de los sonámbulos; de esa especie de expansión nerviosa irradiada o centrifugada del organismo, en contorno de los sujetos, como si les envolviera en nimbo de ambiente sensibilizado, de igual manera que la fosforescencia envuelve el cuerpo de donde emana; o bien un aumento de intensidad funcional nerviosa sensitiva, capaz de recibir irradiaciones excitadoras, identificadas o *sintonizadas* con el sonámbulo, mediante un nexo de relación que hoy nos es desconocido, desde grandes distancias, relativamente, comparadas con las comunes y naturales para que se unifiquen las funciones

Respetuosamente nos asociamos a la demostración de veneración y amor que en el mundo entero se tributa al sabio sociólogo

Pedro Kropotkin

en celebración del LXX aniversario de su nacimiento.

Suscripción internacional "Renovación" € 20
para el donativo de ocasión

sensitivas, en pleno estado fisiológico, o al menos no modificado por agentes histogénicos.

Esta notoria superfunción nerviosa, comprobada en la sensibilidad general, igualmente que en sus diversas modalidades de todos los sujetos sometidos a un agente hipnótico, ha sido objeto de repetidas experiencias y observaciones por sabios profesores, de indubitable autoridad científica,

sentando un firme cimiento para futuras investigaciones; y, de aquellas, en exposición metódica, es preciso aquí un resumen, del que se desprendan lógicamente las conclusiones de donde ha de derivar o ser punto de partida el estudio orientado a desentrañar lo que haya de positivo en el problema telepático, en muchos fenómenos hipnóticos.

DÍO A. VALDIVIESO Y PRIETO

Diálogo de actualidad

—¡Qué tristeza de ser hombre!

—Me parece que llevas tu pesimismo demasiado lejos. Un día reniegas de la vida, alegando que no vale la pena de ser vivida; otro te complaces echando pestes contra el género humano, y ahora me sales con que es lamentable pertenecer a un sexo en cuyo seno se cuentan tan puros demócratas como el señor don Ricuado. ¿Qué desearías ser entonces? ¿Te gustaría pertenecer al género femenino?

—¿Mujer? Ni en broma... Y menos ahora que se lanzan al *sufraguismo* con una serie de discursos embotellados, para cuando sean diputados, diputadas, o como se diga.

—¡Ah, ya ve! Tú detestas del género a que perteneces, sin duda porque deseas una situación menos llena de quebrantos estomacales. Apostaría a que si te concedieran en el partido socialista, o en otro, una modesta presidencia de..., una placeja de diputado o de concejal, con las casitas y otros negocios que vienen después silenciosamente...

—Te equivocas. Ten en cuenta, para juzgar mejor, que en el partido socialista, como en todos los partidos, hay demasiados ambiciosos para que fuera posible realizar todos esos proyectos enseguida. En el partido republicano hubo un tiempo en que se ganaban algunas pesetejas, aunque no tantas como las que ganó Lerroux con el famoso *truco* del cañón.

—Entre paréntesis: no entiendo eso del cañón.

—Sí, hombre, sí; aquel terrible cañón que había en cierto centro republicano de Madrid, cuya pólvora seca estaba llamada a derruir los propios cimientos de la monarquía española, y que se enseñaba en secreto a los ilusos republicanos de provincias, a quienes se asustaba, diciéndoles muy sigilosamente al oído: «Con éste y dos generales más... que... tenemos comprados...» Pero hoy ¿quién cree en tales generales, ni en semejantes cañones?

—Vaya, ahora caigo. Tú quisieras ser torero, conquistar aplausos y pesetas por esas plazas que tanto honran a nuestra nación y que hacen exclamar a los extranjeros, cuando nos ven por allá: «¿Usted ser espanol? ¡Cagamba, cagamba! ¡Ollé le toguador! *Vu cer espanol. Ollé el togó, la guitaga!*...»

—Continúas equivocándote. Ya sé que el torero es la figura más notable que hoy tiene España, aparte de los lidiadores de la política, que son también un producto nacional muy escogido. Pero no olvides que en tierra de dehesas *un cabestro es el rey*. Y yo me considero algo más que todo eso.

—Pues, chico, eres muy difícil. A menos que quisieras ser poeta...

—¡Por Apolo, no digas atrocidades! ¿Yo poeta? ¿Yo cantar himnos a la bandera nacional? ¿Yo gastar los nombres de las flores, del mar, del sol, del alba, de la lana y de otras cosas útiles a nuestra cara existencia? No; yo no quiero degollar el castellano co-

mo cualquier vate del jaez de Salvador Rueda, en estrofas como ésta:

«Su mar de azul deslumbrante
un narcótico parece
con su reír fascinante
que el corazón adormece
en un ensueño flotante».

¿Te parece a tí que a mí me gustaría estar con el corazón adormecido en un ensueño flotante? ¿Por quién me has tomado? Cierto es que falta en España un poeta que cante las glorias nacionales, tan numerosas y dignas de pasar a los anales de la historia; pero yo no me aspiro a tanto honor.

—Decididamente, tendré que dejarte por imposible. ¿Se puede saber por qué reniegas del dón que te dió la naturaleza?

—Sin más arrodeos te lo voy a decir, aunque ello te dé ocasión para hacer un chiste pésimo. Yo abomino de ser hombre, quisiera ser un *irracional*.

—¡Ave María Purísima! Más irracional...

—Sí, hombre, sí, más irracional todavía que nuestros políticos y toreros.

—Y ¿qué causas te condujeron a desear esa extraña condición?

—¿Cómo? ¿Así estamos? ¿Pues no has notado que la especie humana va de capa caída? Hoy la divisa de nuestra sociedad contemporánea es esta: «Todo por los animales y nada por los hombres». Es decir: «todo por los animales, y a nosotros que nos parta un rayo». El bienestar del género humano es una tontería que pronto pasará a la historia como todos los idealismos sin importancia. Lo que hoy reclaman todas las conciencias, es la inmediata *liberación* de nuestros hermanos inferiores.

—Me dejas patietoso.

—Así es, sin embargo. Observa, y verás que cada día se funda una nueva liga para proteger a los pájaros, a los peces, a los caballos, a los perros, a los gatos y a los borricos, salvo sea tu respeto. En París y en Londres hay hospitales, asilos de convalecencia y cementerios especiales para los anima-

les, y pronto les concederán un retiro con el cual podrán pasar la vejez dichosos. Todo este movimiento tiene una mala repercusión para nosotros, para los racionales. La miseria de las grandes y pequeñas poblaciones aumenta; los patronos empiezan a rebajar los jornales y a aumentar las horas de trabajo; el comerciante envenena más los productos alimenticios y sube los precios. Así, si no nos morimos de fatiga, pereceremos por lo menos de inanición.

—Creo que exageras una miaja...

—¡Ca! No lo pienses. ¿Crees tú que los cien mil sin pan y sin abrigo que hay siempre en París y los millones de los mismos que hay en Londres, no desearían estar en la pelleja del perrito que llevan las *elegantes* bajo el abrigo de perfumada seda?

—Pero esto no quiere decir que esté a la orden del día el desprecio de la especie humana.

—Poco menos. ¿Qué más desprecio quieres que oír a ciertas señoras exclamar con frecuencia al lado de personas que ni han comido ni tienen cuatro guiñapos para malamente cubrirse? «¡Oh!, pobre Tutú, pobre perrito mío! Figúrese usted que no hay manera de hacerle probar media chuleta... Desde que se me ha resfriado... Me da más disgustos. Y todo porque un día durmió sin cubrirse...»

—De todas maneras, con poco te conformas al querer abdicar de tu varonil condición. Todas esas comodidades son deleznable.

—No es solamente por las comodidades. Es que así podría vivir tranquilo. Porque ya sabes que los animales no tienen entendimiento.

—¿Y eso te entusiasma?

—Pues, naturalmente. ¿Qué más felicidad se puede buscar actualmente hoy que tanto se cultiva la asnería? Piensa, por ejemplo, en cualquier rucio. ¿Crees tú que él se emociona con la apertura de las Cortes, con las negatas, con los viajes de él, con el nuevo y octavo parto que pueda tener ella, con las estrofas de Rueda, ni con todos los novelones y otras necedades

que publican los periódicos de gran circulación?

—Si por ahí vas, puedes creer que a mí tampoco me inquietan tales cosas, aún comprendiéndolas. ¿Qué las Cortes se abren? Y a mí ¿qué? ¿Qué *éi* va de viaje? Y a mí ¿qué? Que se vaya a... donde quiera. ¿Qué *ella* da al mundo un nuevo chico? Y a mí ¿qué? ¡Dios la socorra! ¿Que el «Duende de la Colegiata» va otra vez a ver a la

dama rubia? Que vaya a ver a quien le dé la gana y que el *Heraldo* publique las tonterías que le parezca. La cuestión, amigo, no es cambiar a tu modo. Basta sólo pasar por alto todos estos aspectos de la falsedad social, y seguir adelante...

—Te entiendo, te entiendo; pero no me convences por completo. Nada; lo dicho: vale más ser irracional.

J. MENÉNDEZ

Su Majestad

¿Me conoces?... Yo soy el príncipe de todas las alegrías, el compañero de todos los goces mundanos, el mensajero de la muerte, el príncipe que gobierna el mundo.

—Yo estoy en todas las ceremonias y ninguna reunión tiene lugar sin mi presencia.

—Yo fabrico los crímenes, hago nacer en el corazón los pensamientos malos, mancho los hogares, soy padre de los hijos sin padre, enveneno la raza, traigo el envilecimiento, la depravación, los suicidios, la locura, el crimen en todas las formas imaginables.

—Yo acabo con las familias, persigo los abuelos en los nietos, hago perder la vergüenza, la dignidad, el honor, la buena educación.

—Yo pongo un velo sobre los ojos, sobre la conciencia y hago aparecer el crimen como venganza, la abyección como pasatiempo, la inmoralidad como entretenimiento, el adulterio como conquista gigante.

—Yo he guiado más victorias que Alejandro, he uncido más pueblos a mi carro que Roma, he asaltado más pueblos que Atila.

—Yo hago que los maridos se rían

de la infidelidad de la esposa ajena, trabajando inecios! por la ruina de su propia esposa; por mi causa los jóvenes y los viejos se divierten haciendo epigramas contra la moral.

—Yo hago diputados obteniéndoles votos para que hagan reyes que aumenten mi reino, que es toda la tierra.

—Yo aspiro a convertir el mundo en un hospital, en un manicomio, en un circo, donde estén encerrados tigres, asnos, puercos, halcones y buitres; quiero sangre, desolación, ruina, liviandades, rencores, guerra, desesperación y blasfemia.

—Yo nazco en todas partes: conozco las regiones de Laponia y Siberia, las ardorosas de Egipto é Italia; yo tengo origen en el trigo, el arroz, el maíz, la cebada, el jugo de la uva, la vid, la leche de yegua; mi patria es la tierra, mis esclavos los hombres, el que me envía, el príncipe del mal.

—Yo sé que me conocéis: pero no queréis nombrarme porque todavía os resta el pudor de los nombres, ya que habéis perdido el de los hechos.

—Yo soy vuestro rey.

—Yo soy.... su majestad el alcohol.

CATULLE MENDES

Notas y recibos

Periódicos recibidos

La Revista de América, órgano de cultura. Director: Francisco García Calderón, París, 20 Rue Saint Georges.—Interesante y selecta lectura, en

general.—Hemos recibido el número VI. Pasamos, sin prestarles atención, páginas como las de José Santos Chocano y José de Astorga. Lemos con gusto a Fermín Roz, sin estar de

acuerdo con él. Entresacamos algunos trozos del artículo que este escritor dedica al admirable novelista H. G. Wells:

«Los incidentes de la política inglesa han revelado al mundo una crisis que no ha sorprendido a los lectores atentos de la literatura de ese país. Mucho han cambiado los tiempos desde cuando la nación entera embriagada por los triunfos del imperialismo, gloriosa de su prosperidad, de su fuerza y de la hermosa disposición de sus hogares, aclamaba en Rudyard Kipling al joven y célebre narrador de las proezas coloniales, al poeta de los cuarteles, de la flota y de las energías anglosajonas. El pesimismo y las audacias de Tomás Hardy hacían entonces el efecto de escándalos dolorosos; el intelectualismo de Jorge Meredith desconcertaba como una anomalía tan inquietante como singular. Desde hace unos quince años una nueva generación de escritores se complace en mirar de frente las realidades o confrontarlas con un ideal. Unos, con más agudo análisis, penetran hasta el fondo de las almas y ponen al desnudo las debilidades del individuo. Otros critican a la sociedad. Otros, en fin, pretenden reformarla o por lo menos oponen a lo que existe lo que debiera existir y no se cansan de trazar planes. El más popular entre todos estos psicólogos sin ilusión, estos críticos sin indulgencia, estos innovadores sin miramientos, es sin duda H. G. Wells.

«Es socialista en cuanto admite que el libre desenvolvimiento de los individuos no bastaría para asegurarles la felicidad y que es precisa la intervención del Estado.

«Pero en realidad, para trazarle a este poder su programa, poco se ocupa Wells de partidos y sectas. La superioridad del socialismo reside en que esta doctrina está más cercana a la ciencia.

«¿Por qué no dirigirse directamente a la ciencia misma? La felicidad colectiva por la felicidad individual: he aquí el fin; la organización científica del planeta: he aquí el medio.

«Por esta fórmula se podría creer

que Wells está de acuerdo con el positivismo de Augusto Comte; de ningún modo. Sabido es que el positivismo es una sociología fundada en la ciencia y que concluye en religión. Esta vasta doctrina científica comprende una vasta concepción sistemática del universo y una «política» en el más lato sentido de la palabra. Wells no le pide tanto a la ciencia; no espera de ella la construcción de un nuevo sistema sino más bien la supresión de los antiguos, el contacto más directo posible con los hechos y el utilizamiento inmediato de estos conocimientos para ordenar la vida conforme con la naturaleza. Pues lo que le interesa a este novelista no es el conocimiento ni la acción, sino la vida. Y piensa que la vida pudiera ser simple, buena y armoniosa—de lo que está lejos en realidad.

«La crítica de la sociedad y especialmente de la sociedad inglesa tal como la ven sus ojos poco benévolos: he aquí el fondo esencial de las últimas novelas de Wells.

«En vez de abarcar el sucesivo desarrollo de su país, compara la realidad presente al orden racional que ha concebido—el orden mismo de la Naturaleza según él—y condena a una sociedad en que no ve sino monstruosa mezcolanza de rezagos feudales y actividad caótica, de aristocracia caduca y mercantilismo desenfrenado con todos los desórdenes y todas las crueldades del individualismo económico.

«Pero si Wells está afiliado a los reformadores que quieren cambiar el actual orden de cosas, se separa de ellos en diversos puntos. A este propósito nada es más curioso que su novela *Ana Verónica*. Esta joven emancipada no es, de ningún modo, lo que se llama comúnmente una «feminista». Evadida del paternal hogar, porque quiere tener una personalidad propia y no se conforma al destino vulgar, se ve mezclada un instante al feminismo y aun a las sufragistas. Pero ella no comprende «el tono de hostilidad para con los hombres», ni «la amarga vindicta» que anima a las rebeldes: «Había allí el sentimiento de cierta injusticia tor-

nada en fin insoportable por lenta acumulación. Pero Ana Verónica no tenía la menor idea de esta intolerable injusticia». La charla de las gentes que la rodean, de estas gentes que parecen profundamente preocupadas del mundo tal como debiera ser, evoca en ella «la imagen de un barco que navegara con tiempo adverso, a una ribera que es la opuesta a aquella en donde sopla el viento del amor». Ahora bien, ella ha llegado «a darse cuenta que el problema de su propia existencia no es en realidad sino un caso particular del problema de todas las existencias femeninas, al cual se hallaba irremediablemente unido; y en seguida que el problema de toda existencia femenina se reduce al amor». Como ella se dice a sí misma tan lindamente, mirando un día a una alondra que se deja caer sobre su nido oculto en la hierba: «Matrimonio y maternidad, y todo el resto no es tal vez sino música».

«Una punta de ironía se mezcla en cierto modo a la simpatía con que se considera esta «singular categoría social, formada de individuos ocupados en soñar el progreso mundial, grandes cambios fundamentales y una edad nueva que reemplazaría a la era de la violencia y del desorden que es la vida actual».

«Propiamente hablando, Wells no es, pues, socialista. A la ciencia, no al socialismo, le pediría los principios de una organización natural de la vida del individuo y de la sociedad. Con más exactitud todavía puede decirse que sólo los pide a la naturaleza misma y a la vida. Pero son éstas realidades cuyo misterio es difícil descubrir, y es necesario desde luego, para invocar con legitimidad esos secretos en su apoyo, tener seguridad de haberlos descubierto. No es nuevo este deseo humano de saber para prever y poder. ¿Qué sabe hoy el hombre? Menos sabía aún cuando le era preciso poner en práctica sus previsiones. Así, día por día, se formaron las sociedades, con sus costumbres y sus leyes. Y no es justo ni cuerdo juzgarlas del único punto de vista de la ciencia y de la

razón. Haciéndolo, nos exponemos, como Wells, a condenar la realidad en nombre del ideal y a soñar en imposibles transformaciones».

El Manifiesto de R. González Pacheco y T. Antillí, Montes de Oca 972—Buenos Aires.—La primera página:

«Como escriben las aves en el aire— a revuelos de elocuencia y golpes de ala, queremos escribir la primer página... Así nos verá el que lea, a veces cerca del sol, agitando las dos manos. Y a veces a ras de abismo, seguidos por una estela de plumas, la gritería.

Es ley. Lo que en su grandeza rebasa a su propio cuño debe escribirse en el aire; chispas de hogueras de genio que cerca del sol se abaten como alas, o gestos de fe en la gloria que muerden azul de cielo como un cincel en un mármol.

Es ley. El dolor del Cristo—blanco dolor como de agua, nos viene desde la cruz, en el aire. De Siberia nos vinieron, entre un vendabal de gritos, paradojas como plantas. Y todas las sendas líricas—sendas azules abiertas a flor de cielo—también por ley, es preciso viajarlas a golpes de ala... ¡Entonces nadie se extrañe si sobre esta primer página el viento se arremolina como en las cumbres y tal cual dolor le cruza, seguido por una estela de gestos, la gritería...!»

Uno de los primeros artículos:

“La sencillez

«Hay fines, objetos, motivos de obrar tan sencillos que no pueden aceptarlos las personas de inteligencia complicada. Hacer más bueno al semejante, integrarlo en la posesión de su personalidad, completar ésta—como se completan al calor del sol los frutos en el árbol—y no hacer «sociología», por ejemplo, les parece a estos señores una obra de tal manera ingenua, y tan mediana, que se dan prisa por volvernos al camino como a pobres inexpertos.

«No bien anunciamos querer una cosa con sencillez—la libertad de un

preso injustamente castigado, o bien la destitución de un mal funcionario que nos oprime o nos veja, o bien todavía la derogación de una ley infame y atentatoria—ya tenemos a todos los representantes del saber oficial o solamente oficializado, ocupados en tender ante nuestros ojos una maraña de nociones estadísticas, doctrinarias, sociológicas, que tienen por objeto hacernos perder la sencillez del primer impulso, embarcarnos en sus complicaciones y perdernos en la encrucijada de cien caminos distintos y que no conducen a ninguna parte... ¿Qué hacer, si nos atenemos a las noticias de esta gente que sabe tanto, ante tantas encrucijadas como nos presentan para ir a realizar el mejor acto? ¿Rectificaremos sus noticias sobre cada camino, competiremos con ellos en erudición, abandonándoles a nuestros hermanos que nada saben sino que quieren ser libres? He ahí un objeto que tienta a muchos y por el que muchos se desviven y se pierden... ¡Es tan halagador saber mucho, poseer la ciencia de complicarles hasta las cosas más inocentes a las personas sencillas, como le gustaba a Sócrates! Además ¿no se funda y se ha fundado siempre superioridad en ello? ¡Ay por eso estamos encadenados todavía! Y lo estaremos mientras no tornemos a querer con sencillez lo que queremos—rectamente, directamente: la libertad del preso, la destitución del mal funcionario, la supresión de la ley, la paz y la fraternidad sobre la tierra.

»Tanta sencillez será siempre combatida como perniciosa por los representantes del saber oficial. La línea recta es inconcebible para estos espíritus tortuosos. Y como desde luego confunden inteligencia con complicación, no nos asignan ninguna. Lo que que acaso leímos o estudiamos lo hemos digerido mal. Y no señor; lo hemos digerido completamente!

»Una última palabra a nuestros compañeros: ténganse en la sencillez del primer impulso. Estas cuestiones son sobre todo cuestiones de corazón. Cómo habíamos de arrostrar si no estas luchas y estas penas?»

El Porvenir del Obrero, Mahón-Pí y Margall, 25. — Fragmento de la primera plana del número 329:

Cuando la Humanidad en fraternal comunión haya descargado todas las penosas faenas de la vida sobre la máquina, este esclavo artificial del hombre libre creador, como los griegos la descargaban sobre el esclavo de carne y hueso, todo su instinto de artista emancipado reposará sobre las manifestaciones estéticas. Reconquistaremos así el elemento vital de los griegos, pero en un grado más elevado: lo que entre los griegos fué consecuencia de una evolución natural, será entre nosotros resultado de una lucha histórica.—RICARDO WAGNER

Folletos

Ferrer, Páginas para la Historia.—*Consejo de Guerra*: acusación, defensa y sentencia. *Consejo Supremo de Guerra y Marina*: providencia decretando la irresponsabilidad civil y devolución de los bienes.—La casa editorial «Publicaciones de la Escuela Moderna» (Barcelona), se propone por el examen de documentos, libre de toda preocupación, dar los medios de juicio acerca del fin de aquel hombre fusilado POR SUS IDEAS en los fosos de Montjuich, a principios del siglo XX y en una nación europea.

En la cubierta se lee:

Si en vez de acaudillar masas las educa, busca la gente, impulsa y dirige a los demás hacia el foco esplendoroso de la razón, señala el verdadero fin de la humanidad, busca, proporciona y distribuye la ciencia de los sabios, como único armamento para sus rebeliones.

FRANCISCO GALCERÁN Y FERRER

Sindicalismo y Socialismo por José Prat, y *Sindicalismo y Anarquismo*, por Ricardo Mella.—Biblioteca *La Internacional*, volumen III.—La Coruña, 23, bajo. Primeros renglones:

«Es un hecho que el proletariado actual, este descendiente directo del siervo y del paria de las pasadas edades, vive, o, mejor dicho, vegeta de-

bido a unas condiciones de vida que le sujetan a continua dependencia político-económica con relación a otras clases sociales y a continua miseria fisiológica, que son causantes de este embrutecimiento moral y de esta pobreza intelectual que le colocan en el último peldaño de la escala social. Estas condiciones de vida son artificiosas, no son naturales. Son producto de la prepotencia humana. Digan lo que quieran los escritores de la burguesía empeñados en justificar la injusticia, las condiciones de vida del hombre primitivo eran muy de otra índole, y las actuales podían haber sido muy otras de lo que son, de no haber intervenido en su formación y consiguiente desarrollo la astucia y la fuerza brutal de una minoría empeñada en privilegiarse a sí misma en detrimento de la gran masa de sus semejantes; demasiado buenos y demasiado confiados.»

Declaraciones de J. Etievant, traducción de Anselmo Lorenzo. Biblioteca Editorial Salud y Fuerza (Barcelona, Buenos Aires, Habana).—Etievant, uno de los procesados a consecuencia de un robo de dinamita en Soisy-sous-Etiolles, se propuso leer al público estas declaraciones, pero el presidente del tribunal no lo permitió. Damos los párrafos iniciales de las dos partes del manuscrito:

I

«No hay ideas innatas en nosotros: las ideas nos vienen todas por los sentidos, del medio en que vivimos. La prueba está en que, faltándonos un sentido, no podemos formarnos idea alguna de los hechos cuyo conocimiento procede de él. Un ciego de nacimiento por ejemplo, jamás podrá formarse idea de la diversidad de los colores, falto de la facultad necesaria para percibir la radiación de los objetos. Además, según nuestras aptitudes congénitas, poseemos mayor o menor facultad de asimilación procedente de nuestra receptividad respecto de este asunto. Así, por ejemplo, unos aprenden fácilmente las matemáticas y otros

tienen mejor disposición por la lingüística. Esta facultad de asimilación puede desarrollarse en una proporción que varía al infinito de uno a otro, a consecuencia de la multiplicidad de sensaciones análogas percibidas.

»Pero así como nosotros cuando nos servimos casi exclusivamente de nuestros brazos adquieren éstos mayor fuerza a expensas de otros miembros o partes de nuestro cuerpo, y se harán más aptos para desempeñar su función a medida que los otros lo serán menos: así también, más se ejercerá nuestra facultad de asimilación a consecuencia de la multiplicidad de las sensaciones análogas desarrolladas en un orden de ideas, y, relativamente al conjunto de nuestras facultades; más fuerza de resistencia presentaremos a la asimilación de ideas procedentes de un orden contrario. De modo que si hemos llegado a creer que tal cosa o tal idea es buena y verdadera, toda idea contraria nos parecerá mala y presentaremos a su asimilación una gran fuerza de resistencia, cuando a otro parecerá tan natural y tan justa, que no comprenderá que haya quien de buena fe piense lo contrario. Tenemos ejemplos diarios de esos hechos, y no es posible negar seriamente su autenticidad.

II

»Por el mero hecho de su nacimiento, todo ser tiene derecho de vivir y de ser dichoso. El derecho de ir y de venir libremente en el espacio, teniendo el suelo bajo los pies, el cielo sobre su cabeza, el sol en sus ojos y el aire en el pecho; ese derecho primordial, anterior a todos los otros derechos, imprescriptible y natural, se le niega a millones de seres humanos».

La obra educativa no es, como torpemente se impone, una obra de organización mecánico-administrativa independiente de la sociedad y la familia, de la naturaleza y de la nación, sino una tarea mucho más delicada y más seria, más humana y natural de lo hasta hoy considerada.

LORENZO PORTET

Publicaciones de la Escuela Moderna

Están a la venta en la Librería Falcó, las siguientes:

Compendio de Historia Universal, por CLEMENCIA JAQUINET. Tres tomos empastados en tela € 3.00.

Pequeña Historia Natural, por ODÓN DE BUEN. Cinco tomos profusamente ilustrados y empastados € 5.00.

Psicología Etnica, por CH. LETOURNEAU. Cuatro tomos empastados en tela € 4.00.

La Escuela Moderna, por FRANCISCO FERRER G. Un tomo emp. € 1.00.

Las Aventuras de Nono, por J. GRAVE. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Tierra Libre, por JUAN GRAVE. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

El Niño y el Adolescente, por MICHEL PETIT. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Preludios de la lucha, por F. PI Y ARZUAGA. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Sembrando flores, por FEDERICO URALES. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Origen del Cristianismo. Un tomo ilustrado en rústica 0.50. Empastado en tela € 1.00.

Epitome de Gramática Española, por FABIÁN PALASÍ. Un tomo empastado en tela € 1.00.

Resumen de la Historia de España, por NICOLÁS ESTÉVANEZ. Un tomo empastado € 1.00.

La substancia universal, por A. BLOCH y PARAF-JAVAL. Un tomo empastado en tela € 1.00.

Nociones de las primeras edades de la humanidad, por GEORGES ENGERRAND. Un tomo empastado € 1.00.

Nociones de idioma francés, por LEOPOLDINA BONNARD. Un tomo empastado en tela € 1.00.

La Escuela Nueva, por J. F. ELSLANDER. Un tomo en rústica € 1.00.

Hacia la unión libre, por ALFREDO NAQUET. Un tomo en rústica € 1.00.

República Francesa y Vaticano, por ANDRÉ MATER. Un tomo en rústica € 1.00.

Ferrer, interesante folleto € 0.20.

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,

Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadrados de 225 á 300 páginas
A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Principe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, detective, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujo, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las Rocas Blancaas, Eduardo Rod.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7^a Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujo
MARIA